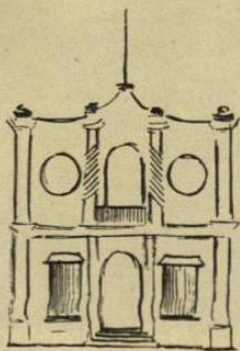


J O S E A L V A R A D O

M E N S A J E
A L O S
U N I V E R S I T A R I O S
D E N U E V O L E O N



MONTERREY, N. L., OCTUBRE DE 1961.

LE7
N856
A4
c.1

1

LE7

N856

A4

c.1



1080065708

Biblioteca Central Magdas
UAML
FONDO
UNIVERSITARIO



JOSÉ ALVARADO SANTOS
Rector de la Universidad de Nuevo León

LE 7

N856

A91

QUIEN llega a la rectoría de la Universidad de Nuevo León, obtiene un honor y adquiere una responsabilidad. El primero es muy superior a mis merecimientos y lo recibo con modestia. Asumo la segunda con pleno conocimiento de sus dimensiones y sus riesgos.

Mis primeras palabras son para los estudiantes. Constituyen la porción más sensible del pueblo universitario y la Universidad ha sido hecha para ellos. Comienzan su camino en horas difíciles, cuando muchas hipótesis aceptadas largo tiempo como ciertas y hasta convertidas en dogmas, pierden todo su valor. En todas las universidades de la Tierra se oyen ecos del debate sobre los destinos del mundo, donde algunos parecen empeñados en condenar al suicidio a todos los hombres y al planeta a la desintegración inexorable. Ha sido contrariada la misión de la ciencia, instrumento de creación degradado a medio de aniquilamiento; las Humanidades degeneran, empleadas como propaganda de un oscuro pasado o de lo caduco y negativo del presente. Hay un rito farisáico de la cultura y mucha tinta envenena las páginas con el miedo y el odio.

Pero no es lícito aceptar el pesimismo como signo

de nuestro tiempo, ni resignarse a la confusión. Frente a los hechos sombríos y los anuncios funestos, hay otros con profundo sentido afirmativo. Millones de seres sometidos durante siglos han alcanzado su libertad e irrumpen vigorosamente en la historia. Hoy es mayor el número de hombres libres y más enérgico el impulso contra la miseria, la sumisión y la ignorancia. En todos los idiomas hay palabras nuevas para señalar a los mortales la conquista de una vida redimida y resucita la vieja voz que un día postuló en el ágora la perfectibilidad humana.

En México hay un dilatado horizonte para el anhelo y la voluntad. Millones de seres aspiran a la redención y zonas enteras de la sustancia nacional requieren a la inteligencia para transformar el caos. Lo disperso en nuestra realidad espera todavía la unidad y el orden y falta llevar la justicia a quienes aún padecen hambre y sed de ella. La obra aguarda. Los jóvenes mexicanos no tienen motivo para pasar por la vida como una generación desesperada.

A la proverbial misión de la universidad moderna: impartir la enseñanza profesional, establecer la investigación científica y organizar la expresión de la cultura, se añade hoy la tarea de rescatar la dignidad de la ciencia y de las Humanidades. La primera, pervertida y cómplice de la muerte, debe tornar al servicio de la vida. Las segundas, empleadas en una liturgia capciosa, han de recuperar su calidad como instrumentos de la soberanía del espíritu.

Debo decir a los jóvenes que la Universidad fue hecha para ellos, mas no para el paso por las aulas con

indolencia, frivolidad o afán de tumulto, ni la precipitada y desaprensiva búsqueda de títulos para amparar el ejercicio mediocre, incompetente y simulado de profesiones respetables. Nuestras escuelas no han sido establecidas para cubrir apariencias, ni proporcionar el nombre de médicos a curanderos sin capacidad ni sentido moral o el de abogados a rúbulas sin honor ni respeto a sí mismos. La Universidad de Nuevo León aspira a dar al pueblo cirujanos eficientes, ingenieros capaces, químicos preparados, buenos arquitectos; profesionales aptos, en suma. Pretende, además, que todos los universitarios nuevoleonenses posean una concepción clara del mundo que habitan, la época en que viven y las grandes cuestiones humanas. La inscripción en cada uno de los planteles debe significar el compromiso irrevocable de alcanzar la dignidad intelectual y la competencia técnica para la práctica de una profesión.

El sentido ético es un elemento de la cultura y una condición inseparable de la actividad universitaria. La inteligencia no puede divorciarse del ideal de la conducta. Mas no se trata del acatamiento pasivo y externo a formas de escaso o nulo contenido, sino de una actitud vital permanente, producto de las decisiones entrañables y resultado de un equilibrio interior. El ingreso en los salones de clase debe constituir también un pacto de los jóvenes con la Universidad: defender cada uno su dignidad moral.

En toda Universidad viva y con aliento verdadero, se desarrolla un debate inextinguible entre la tradición y el impulso renovador. Así sucede, por fortuna, en la nuestra. Si así no fuera, sería una asamblea de fantasmas bizantinos y yo el primero en invitar a los jóve-

nes a dispersar las sombras. Seamos devotos de las lecciones perdurables de los clásicos; pero intransigentes con quienes pretenden conservar fórmulas marchitas, por inepticia, pereza o cobardía. Hay espectros de hipótesis difuntas y algunos porfían en imponerlas al espíritu como si se tratara de verdades vivas o resucitadas. Hay técnicas obsoletas y afirmaciones rectificadas por la ciencia. Pero el hombre contemporáneo pide a la Universidad la ciencia y la técnica de hoy, no las de ayer o antes de ayer y necesita la cultura de nuestro tiempo, no de la Edad Media, ni del siglo XVIII. En la Universidad de Nuevo León no debe haber altares para los ídolos del Foro. No es un claustro para supervivientes adormecidos por la nostalgia, sino una morada para seres de hoy, con las cifras vivas de la técnica, la ciencia y la cultura.

Pero si la Universidad aspira a que cada uno de sus miembros posea en alto grado dignidad moral y dignidad intelectual, no pretende formar una casta de sabios alojados en una torre de marfil, ni sacerdotes de secretos esotéricos. No podemos olvidar que una gran masa de mexicanos carece todavía de los bienes materiales y espirituales necesarios para el mínimo nivel de vida civilizada.

La suerte de la Universidad de Nuevo León está ligada al destino de México. Su nacimiento y su desarrollo obedecen al progreso económico y político del país; la libertad que existe en sus aulas es hija de los grandes movimientos populares y de la reforma universitaria de 1929. El futuro de la nación es nuestro futuro.

Hace apenas unos cuantos lustros, esta Universidad

era sólo un proyecto en las mentes de unos jóvenes inquietos. A su fundación y crecimiento han contribuido las virtudes más altas de la comunidad regiomontana. En los muros de nuestra casa quedan las huellas de la audacia creadora y la sobria energía de varones infatigables y generosos. El sueño de ayer es ahora presencia viva. Monterrey impone a sus universitarios la norma de trabajar con fidelidad y sin reposo.

Universitarios de Nuevo León: Llego a la rectoría muy escaso de méritos y muy pobre en aptitudes. Sólo traigo sinceridad y fe; el empeño de servir lealmente y la ya larga, pero nunca fatigada devoción a mi tierra nuevoleonense y a las aulas de mi juventud. Conozco, eso sí y en alma propia las angustias del estudiante y las zozobras del maestro.

No ignoro la gravedad de los problemas. Destaco uno que ofrece dos aspectos por igual inquietantes: la sobrepoblación escolar de un lado y la deserción del otro. Pero sé que la solución puede encontrarse con el concurso de todos los universitarios.

He aceptado tan grave responsabilidad porque considero que hay llamados que nadie tiene derecho a eludir.

Mis propósitos son claros y su enunciado es breve: conservar el decoro de la Universidad nuevoleonense, mantener en sus aulas la dignidad de la conducta y el pensamiento, proseguir la obra de mis antecesores. Pido la colaboración de todos para ello.

Envío a todos los maestros de la Universidad un saludo cordial y me inclino ante la memoria de quienes fui su alumno y ya han partido para siempre.

Protesto servir a la Universidad de Nuevo León.



Gobierno del Estado de Nuevo León.
Departamento de Prensa y Publicidad